

Proyecto audiovisual de documentación cultural comparada

POR
FRANCISCO GINER ABATI*

La Antropología, mediante sus teorías, conceptos e interpretaciones, nos permite aproximarnos a la comprensión del hombre y, con ello, también de nosotros mismos.

En el aprendizaje de la Antropología no podemos, sin embargo, limitarnos exclusivamente a la lectura de los datos y conclusiones aportados por los distintos autores, a lo largo de la historia de la disciplina. Es por ello por lo que, después de un amplio periodo de estudio, resulta aconsejable contrastar los conocimientos teóricos adquiridos con la propia experiencia humana.

La variabilidad biológica humana es impresionante y la diversidad cultural nos invita a descubrir, como en una gran expedición, un hermoso camino.

La principal dificultad del antropólogo es que se encuentra ante un planeta poblado por numerosos grupos humanos en los distintos continentes, y su energía, lo mismo que su propia vida, aunque la destine exclusivamente a esta tarea, es limitada. Por ello, como en todo en la vida, es preciso elegir y hacer una selección de los grupos humanos que se propone conocer. En realidad, lo lógico y aconsejable es que un antropólogo profesional a lo largo de su vida se dedique a una o como mucho a unas pocas culturas, para poder profundizar en su conocimiento y comprensión. En mi caso, he de confesar que no he podido resistirme a una experiencia cultural más extensa. Desde joven me ha interesado mucho la distinción entre lo universal, que compartimos todos los humanos, y los rasgos particulares dependientes de cada cultura y de su historia concreta. El caso es que, fascinado por la idea de hacer con mi biografía un recorrido antropológico, diseñé un plan, seleccionando varios grupos humanos en cada continente, representativos de los distintos niveles adaptativos: desde los cazadores-recolectores a las sociedades post-industriales, pasando por agricultores y ganaderos. Esta gran expedición debía comenzar por África y, siguiendo por Asia-Pacífico y América, terminar en Europa. Elegí África, en primer lugar, por tratarse de la cuna de la humanidad. Decidí continuar en Asia-Pacífico, lugares que, por su lejanía y dificultad, requerirían más juventud y energía, para continuar por América, continente más asequible, y terminar en Europa, la más cercana pero tam-

* Universidad de Salamanca.

bién la más difícil de abordar, por ser más elaborada históricamente y por tratarse de nuestra propia cultura, con la intención de, tras contrastar nuestra propia experiencia con la de tantas sociedades de los restantes continentes, estudiarnos a nosotros mismos: hasta qué punto respondemos a los mismos deseos y motivaciones que las demás culturas y hasta qué punto la historia nos ha llevado hasta la situación actual, qué esperar y hacia dónde ir. A estas reflexiones se une la de la globalización, que se presenta como una tendencia inevitable y con consecuencias distintas: por una parte, de influencias homogeneizadoras entre los pueblos y, por otra, de mantenimiento de las viejas identidades, recuperándolas a veces del olvido. En todo caso, se trata de una visión general del hombre que exige una experiencia amplia y una perspectiva histórica y evolutiva.

El antropólogo, en su tarea de comunicar sus conocimientos y experiencias, cuenta principalmente con su palabra, pero lo que queda es su escritura. Y aunque, hasta ahora, la escritura no ha podido ser sustituida, y quizá nunca lo sea, el antropólogo ha tratado de complementar primero con dibujos y luego con fotografías sus datos etnográficos. Desde hace ya más de cien años, en que aparece la cinematografía, la Antropología ha hecho uso de dicha técnica. Creo que los antropólogos podemos comunicar a través de este medio nuestras observaciones y llegar a un público más amplio que el de los propios especialistas. Con la ayuda de la televisión, los programas editados pueden llegar a ser vistos por amplias audiencias y seguir viviendo como documentos audiovisuales que pueden ser consultados en los archivos. Los pueblos o desaparecen o se transforman. Los antropólogos debemos ser los notarios de estos cambios y, si somos capaces, intérpretes de las claves necesarias para el análisis y la comprensión de los fenómenos sociales.

Hay varios modelos en la realización de documentales etnográficos. Yo opté por el modelo que trata de mostrar sobre todo lo que las personas hacen, con secuencias que permiten también comunicar lo que piensan y dicen. He evitado el estilo documental periodístico, que enriquece el documento con opiniones de expertos pero que contaminan el documento en sí. Procuro no abusar de los monólogos, pues me parecen poco vivos y más forzados que espontáneos en este tipo de documentación audiovisual. Sin embargo, en el guión se expresan todas las opiniones, tanto el punto de vista de los nativos, de los expertos, como, por supuesto, la valoración del propio antropólogo, también realizador y director en este caso.

Para llevar a cabo este proyecto formé un pequeño pero bien integrado equipo de rodaje, compuesto por un cámara operador y un técnico de registro de sonido. Cuando me encontraba estudiando técnicas de realización en el Instituto de Cine Científico (IWF) de Gotinga en Alemania, recibí noticias de que Adolfo V.

Bossmeyer, un estudiante español del Instituto de Cine de Viena, deseaba trabajar en un equipo de Antropología. Nos conocimos e iniciamos una fructífera relación profesional que aún continúa. Para el registro de sonido conté con la colaboración de Miguel Pérez, profesor compañero en la Universidad de Salamanca. Además, en cada expedición seleccionábamos expertos intérpretes que conocían bien el territorio a investigar.

Comenzamos nuestra primera expedición investigando una cultura ganadera, bastante bien conservada, que habita regiones del sur de Angola y norte de Namibia: los Himba. Después de varias expediciones y un extenso trabajo de campo cuyas conclusiones expuse en una monografía (*Los Himba*, 1992), decidí expresar en película de 16 mm la esencia de este pueblo. Originalmente montamos seis películas de treinta minutos cada una, que trataban de reflejar las dimensiones más significativas de esta cultura. Presenté a TVE el trabajo realizado. Las imágenes fueron elogiadas, pero el equipo de producción propuso sintetizar en tres documentales de treinta minutos todo el material montado, que fueron emitidos en *La 2* y bien acogidos por el público, alcanzando buenos índices de audiencia.

Para comprender mejor algunos aspectos de la sociedad Himba, decidí completar su estudio con el de sus vecinos, con los que mantenían una relación de competencia, en unos casos, y de comercio, en otros. Así, estudié a los Hakahona, un grupo de economía mixta agrícola-pastoril. Los Hakahona son matrilineales, a diferencia de los Himba, uno de los pocos pueblos de doble filiación. Los Zemba (“los olvidados”), una minoría que también habita junto a los Himba, fue filmada, lo mismo que otros grupos vecinos como los Ovambo y los Gambwe. Entre ellos, nos encontramos con un grupo enigmático, los Vatawa. Podría tratarse de un pueblo original que habitaba el área antes de la llegada de los ganaderos Himba, y que vivía de la caza-recolección. El caso es que este pueblo ha mimetizado la cultura de los Himba, excepto en la cría de ganado, pues son pobres. Ha adoptado su indumentaria, su estética e incluso su propia lengua, aunque para sobrevivir realizan un sinnúmero de actividades: son hábiles artesanos de cerámica y adornos corporales, collares y pulseras que elaboran ingeniosamente, a veces, cortando los proyectiles de bronce que encuentran en su territorio.

Antes de abandonar el sudoeste africano filmamos un grupo difícil de ubicar en las clasificaciones de los antropólogos: los Topnaar. Antes conocidos como Hotentotes por los colonos y luego como Nama, no son recolectores estrictos ni tampoco agricultores. Los Topnaar sobreviven cosechando los frutos de plantas salvajes como el nardo, que no necesitan cultivar pero que saben en qué lugar de su territorio

se encuentran. Cada familia considera las plantas más próximas a sus poblados como parte de su propiedad. En la actualidad, aunque continúan con sus “cosechas” tradicionales, se están incorporando a la cercana Walbys Bay como asalariados. Los Topnaar forman parte de un documental junto a los Hadza.

De todo este estudio surgieron cuatro documentales más, que también fueron emitidos por TVE, junto a los anteriores. Terminado nuestro trabajo en el sudoeste de África (Angola, Namibia y Botswana), continuamos la expedición desde África del sur hasta Etiopía. El todoterreno fue un medio de transporte insustituible. Recorrimos Mozambique, donde hay pueblos con culturas arcaicas aún muy bien conservadas. Malawi destaca por sus amables pueblos pescadores en torno al hermoso lago del mismo nombre. No en todos los países que visitamos decidimos hacer una documentación audiovisual sistemática, pues la realidad era desbordante. Así que tomamos notas, sacamos diapositivas y rodamos algunos planos y secuencias de las poblaciones visitadas. A veces, las rutas eran intransitables y nos hacían rectificar los itinerarios, con los consiguientes problemas aduaneros. Afortunadamente, la burocracia nunca nos detuvo en África.

Tanzania y Kenia resultaron una experiencia inolvidable. Un gran territorio, con nobles pueblos con los que convivimos estrechamente. Los Masai, ricos ganaderos que se resisten a integrarse en la sociedad que ya les rodea, a pesar de las presiones del Estado, gracias a su eficaz sistema de “seguridad social tribal”. Los Datoga, una minoría también ganadera, son enemigos históricos de los Masai, con los que mantienen una relación de competencia. Los Masai los admiran y respetan como enemigos valientes, pero como, según un mito, Dios les entregó todo el ganado siguen intentando robar las vacas de los Datoga, que estos defienden valientemente con sus lanzas. Dedicamos un documental a los Masai y otro a los Datoga.

Junto al lago Eyasi, en Tanzania, aún viven los últimos representantes de un grupo cazador-recolector, los Hadza. Las montañas junto al lago Eyasi son uno de los lugares más bellos del África meridional en el que los pocos Hadza que aún quedan viven de la caza. Fue una experiencia única que quedó también impresa en el celuloide.

En Kenia, seguimos conociendo asentamientos Masai, junto a otras minorías como los Rendille. Pasamos después a Uganda, camino de paso hacia el Congo, Ruanda, Burundi y Sudán, desgraciadamente zonas peligrosas, con conflictos interminables. Sin embargo, en Uganda tuve ocasión de documentar un pueblo del que aún no había nada escrito ni, por supuesto, imágenes: los Tepés. En realidad nuestra meta en Uganda era conocer de primera mano la situación de los Ik, que Colin Turnbull expuso en su libro *The People of the Mountains*. Turnbull presentaba en él

una situación social dramática, describiendo a los Ik como crueles, poco solidarios y, en resumen, como un pueblo sin amor, algo solo explicable por estar atravesando una etapa transitoria de hambruna. Nuestra experiencia, que dejamos impresa en un documental, fue muy distinta. Los Ik son como cualquier otro pueblo, sociables, amistosos y, aunque pobres, orgullosos de su vida en las montañas.

Así, poco a poco, mis experiencias antropológicas rodadas se fueron convirtiendo en la primera parte del proyecto inicial: “Los últimos indígenas (africanos)”.

Regresé a Kenia, pues no había forma de que los militares nos dejaran abandonar el país para pasar a Sudán, y la violencia continuada en Ruanda y Burundi nos aconsejaba adentrarnos en el inestable Congo.

Después de atravesar el norte de Kenia, protegidos por un convoy militar, cruzamos la frontera con Etiopía. Al llegar, se siente que se han traspasado unos especiales límites histórico-temporales. Pronto me percaté de que allí viven aún con el calendario anterior a la reforma, aislados del mundo, felices en sus duras tierras. Allí fui adoptado por los Hamar, que no conciben la vida fuera de la familia. Nada más llegar, integran al extranjero en una familia, que se convierte en la suya de adopción; un magnífico ejemplo de parentesco ritual. En nuestro nuevo intento de llegar hasta el Sudán, esta vez desde Etiopía, nos encontramos con los Dasanetch en las riberas inundadas del río Omo, uno de los pueblos más duros, quizá por vivir en una de las regiones más difíciles del continente, aislada por la enfermedad del sueño y la malaria.

Los Somalíes representan un grupo de pastores de camellos que continúan con sus costumbres nómadas articulando su convivencia según las normas expresadas en las tablas del *Corán*. Con este grupo dejamos provisionalmente representado el continente africano. En una siguiente etapa sería deseable complementar la documentación con pueblos de África central y occidental, así como con un grupo del Magreb.

Ya de estudiante quedé advertido de la importancia del trabajo de campo mediante la observación participante. Dicha observación debía ser realizada desde un rol, elegido por el investigador, que facilitara la comunicación. Después de valorar varias opciones, decidí participar desde la asistencia sanitaria, por lo que me hice médico. Además de un complemento preciso en el estudio del hombre, la práctica de la medicina es una de las tareas más gratificantes. Puedes aliviar, curar con tus manos y prevenir la aparición de enfermedades. Si a estas tareas se añade la posibilidad de una educación sanitaria a las poblaciones, se potencia aún más su acción. Desde mi nuevo rol complementario pasaba varias horas al día atendiendo pacientes y visitando enfermos, lo que me permitía conocer muy distintos tipos de personas al tiempo que me

granjeaba su confianza. Antes de los rodajes, normalmente localizaba los poblados en los que ayudaba como médico y, si aceptaban, como era habitual, regresaba con el equipo de filmación. Nunca encontré sentimientos de rivalidad por parte de los curanderos locales sino una invitación activa a la colaboración.

La segunda etapa del proyecto tiene lugar en Asia-Pacífico, habiéndose ya realizado ocho documentales. En Myanmar, antigua Birmania, estudiamos a los Lisu, que representan una minoría de origen chino convertida al cristianismo por un misionero inglés. Con ellos celebramos la Navidad del año 2000. Los Kokang, también procedentes del sur de China, nos ofrecieron la posibilidad de rodar un funeral chino tradicional. También en Myanmar seleccionamos una interesante minoría étnica: los Pulong, un magnífico ejemplo de sociedad campesina que representa a millones de personas en la India, China y todo el sudeste asiático. Dedicamos un documental para mostrar su estilo de vida rural y otro para expresar sus valores y creencias tradicionales, sincretismo del budismo y sentimientos religiosos anteriores.

En Mindanao (Filipinas) seleccionamos varios grupos de agricultores sencillos, como los Matig-Salug y los Tala-Andig, que hasta ahora no habían sido apenas estudiados. Después de visitar a los Tasaday, al sur, y desestimar su estudio por haber sido ya suficientemente documentados, nos dirigimos a Palawan, donde tuvimos una magnífica experiencia con grupos cazadores-recolectores como los Batak, al norte, un modelo admirable de ecología del bosque, y con los Palawanos, al sur, documentando especialmente a los grupos Taw Batu, del valle de Signapan. En total realizamos ocho documentales que tratan de dar un paso más en los aspectos técnicos respecto a nuestras filmaciones anteriores, corrigiendo defectos y tratando de agilizar la realización, gracias a la experiencia acumulada.

Como se puede imaginar, un proyecto de esta envergadura supone la colaboración de un equipo que realiza un trabajo minucioso de documentación bibliográfica y cartográfica, para luego localizar los grupos y preparar adecuadamente la fase de rodaje. En este sentido están colaborando activamente Yolanda Noelia Sánchez, Felipe Aixalá y Gaspar Giner-Abati.

Ya han sido visitados grupos en la India, Tailandia, Vietnam, Indonesia, Nueva Guinea e islas Salomón, que, junto a otros aún por visitar, constituirán la segunda parte del proyecto en Asia-Pacífico. La tercera etapa se realizará en el continente americano, previa a la cuarta y última en Europa.

El proyecto, ahora ya en una fase bastante avanzada de realización, trata de registrar la vida cotidiana en su normalidad más que de documentar momentos especiales festivos o rituales, aunque, por supuesto, cuando se produce un acontecimiento, tam-

bién es documentado. El objetivo es, fundamentalmente, captar lo cotidiano en distintos contextos ecológico-económicos en cada continente. Al tratarse de grupos tribales, no tienen en general la influencia externa de los medios de comunicación, especialmente de la televisión, ni el modelo multicultural de la vida en centros urbanos. Así, los grupos seleccionados deberán mostrar un comportamiento genuinamente espontáneo, sin afán de imitar o parecerse a otros modelos culturales dominantes.

Aunque en cada grupo nos preocupa ver cómo se organizan las principales actividades humanas: familia, parentesco, poder, economía, valores y creencias, en cada nuevo documental tratamos de profundizar en alguna de las dimensiones básicas del hombre y su repercusión en el sistema cultural completo.

A modo de conclusión anticipada, observamos una gran coincidencia en la mayoría de las actitudes sociales, en la comunicación y en la dinámica interactiva tanto dentro del grupo como con los vecinos. Solo cuando empiezan a incidir modelos de civilización, normalmente unidos a grandes sistemas de creencias como islamismo, hinduismo, budismo o cristianismo, se construyen patrones más sofisticados. Pero en los grupos tribales las coincidencias son más abundantes que las diferencias en la cultura básica.

Con la amplia experiencia acumulada en este proyecto de documentación cultural, se podrían extraer otras muchas conclusiones, matizando su grado de universalidad. Por ejemplo, la territorialidad se muestra como una tendencia y un rasgo impreso en nuestra naturaleza humana. Su arraigo nos explica, aunque no justifica, gran parte de los conflictos bélicos que afectan actualmente a la humanidad. Y solo desde una experiencia suficientemente amplia se pueden arriesgar estas generalizaciones. Los *Human Relations Area Files* de Murdock constituyen, en el ámbito de la etnografía, un impresionante proyecto que posibilita las comparaciones, además de justificarse por su propio interés etnográfico. Pensamos que las culturas cambian, a veces vertiginosamente, y debemos documentar de ellas tanto como sea posible, antes de que sus datos se pierdan para el registro de la Historia.

Una vez terminada la documentación audiovisual de los grupos seleccionados en los distintos continentes, se podrán abordar problemas concretos y, sobre todo, los desajustes aparecidos en nuestras propias sociedades occidentales. Hemos conseguido riqueza económica y un gran desarrollo tecnológico, pero estamos pagando un alto precio en la insatisfacción personal. Estadísticamente sufrimos mucho más que los pueblos tribales en patología mental: angustia, depresión, ansiedad y estrés, con síntomas destacados como el insomnio.

Esperamos que una reflexión desde el conocimiento de la historia y los datos del presente nos permitan ayudarnos a encontrar el auténtico camino humano.